

#CARTASDEACOMPAÑAMIENTO

¡Ay! Pobre de mi madre cuando les decía a sus amigas, conocidas y clientes de la pastelería que yo, de entre las tres hermanas, era la más tranquila. No sabía lo que le esperaba. ¡Pobre! Cuando por fin en casa comenzaba a reinar un ambiente a familia y no un continuo ambiente gallinero. Ahí fue cuando algo cambió en mi ya casi pasada edad adolescente.

Por alguna razón yo comencé a revelarme más tarde. Pero en mi defensa tengo que añadir que jamás elevé mi tono de voz por algo que no quisiera hacer en ese momento, simplemente, me escaqueaba.

Sin embargo, no fue el único aspecto en el que me retrasé, que gracias a dios nunca era para mal. El que más presente tengo hoy en día es la pasión que tengo ahora por el café, incluyendo todas sus variedades. Todo viene de cuando tenía la tensión baja. Cada vez que veraneamos en Valencia, el primer día en el desayuno, yo caía redonda al suelo, le hacía una visita al médico y así año tras año. Hasta que un día el médico me recetó tomar café cada mañana. Imagina mi asombro, cuando recordé la cara de asco que ponía cada vez que, por algún circuito que se producía en mi cabeza, daba un sorbito a la taza de un familiar.

Cierto día, después de la mañana en la playa, fuimos a casa de un amigo de mi tío a comer la famosa paella que, terminado el verano, necesitaba un tiempo en el que mis comidas no tuviesen arroz. El hombre conociéndome, ese día, probó a ofrecerme a tomar un café que había preparado especialmente para mí, y vaya si acertó con un ingrediente exquisito: Baileys. Gracias a ello cambió mi relación al postre más apreciado que tenía la mayoría de las personas que conocía hasta el momento, de no gustarme pasé a tener una lucha interna con él, por la simple razón de que cada vez que lo tomaba no podía añadirle ese toque mágico y a la larga tóxico, claro. En su lugar, lo más parecido que encontré, fue echarle toneladas de azúcar. Lo sé, tampoco es muy saludable.

Hoy en día, me he vuelto una amante si, aunque no será por la toda la cantidad que tomo y menos precisamente por su sabor, que es mínimo, para que puedas hacerte una idea, mi café se podría definir como leche manchada; no llega ni a la medida de un dedo. Y te preguntarás por qué soy tan apasionada, ¿no?

Por sus momentos, el aroma que desprende recién salido de la cafetera junto con el silencio que se escucha a primera hora de la mañana cuando todavía no han abierto ni las carreteras; me encanta ese momento, los susurros de la gente cuando estás en una cafetería y esos ratos de risas y cotilleos con las amigas, bueno, en este último no solo es con un café puede ser en cualquier momento. ¡Cómo nos gusta!

Momentos que siempre quedan en el recuerdo grabados y cuando acudes a ellos te dibujan una sonrisa en la cara. Me encanta este café.

Nogaye.

#carta3